

M. Medina Olmos.

LA PRIMERA GRACIA

ZARZUELA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA



Con licencia eclesiástica.

GRANADA
Imprenta-Escuela del Ave-María,
1905.

LA PRIMERA GRACIA.

Es propiedad, declarándose reservados todos los derechos. El producto se destina íntegro á las Escuelas del Ave-María.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA PRIMERA GRACIA

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

COMPUESTA

para las Escuelas del Ave-Maria.

LETRA DE

D. MANUEL MEDINA OLMOS

Canónigo del Sacro-Monte

Y

MÚSICA DE

D. FRANCISCO ALONSO.

Con licencia eclesiástica.

GRANADA
Imprenta-Escuela del Ave-María,
1905.

PERSONAJES.

JUANA

D.^a ROSALIA

D.^a CLARA

PETRONILA

BEATRIZ

JUANICA

JOSEFA

CARMEN

FELISA

ROSA

LUCIA

ELENA

CORO DE NIÑAS.



ACTO PRIMERO.

La escena representa una habitación de un cuarto bajo en un barrio extremo de Granada. En el fondo una ventana; á la derecha la puerta que conduce á la calle; á la izquierda otra que lleva á una habitación interior. El aspecto que la pieza ofrece es de extremada pobreza, procurando que se noten muy bien dos cosas: una limpieza esmerada y rastros de grandeza y bienestar anteriores.

Habrá de toda clase de enseres, porque la habitaci3n sirve de comedor cocina, pieza de labor, etc. La acci3n comienza en las primeras horas de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

Aparece JUANA en pie acabando de peinar á PETRONILA, su hija, que est  sentada en una silla alta 3 sill3n de niño. Ambas visten con pobreza, pero dejando ver cierta distinci3n, propia del rango en que antes vivieron.

Al levantar el tel3n, que se hará con lentitud, se oyen á lo lejos los rumores del CORO, que se v  aproximando cada vez más hasta que canta debajo de la ventana. Después va alejándose por grados, hasta perderse por completo.

Entretanto JUANA peina y arregla á PETRONILA procurando llenar con esta operaci3n todo el tiempo que la acci3n reclame.

MÚSICA.

Coro Sueña el cautivo Amante
 en su cautiverio,

ocultándome amores
en un misterio.

¡Qué rico y qué galante
es el Bien mío,
que sólo me brinda amores,
si en el confío!

Eres, Jesús, más dulce
que los panales
que labran las abejas
entre jarales.

Cordero de regia estirpe,
galante y fino,
dame en prenda segura
tu amor divino;

¡Qué yo te fío
llevar todos mis amores
á tí, Bien mío!

Una niña *(En la puerta y hablando, sin que se interrumpen los compases de la música); ¿Se viene Petronila?*

Juana *Está concluyendo. Cuando vengais para abajo, se unirá á las filas.*

Niña *Pronto volvemos. (Vase.)*

Coro. *(Alejándose)* Despierta, niña del alma,
despierta y ora;
que Jesús á tu puerta
amante ronda.

El te ofrece en su pecho
de amor un nido;
no le pagues tú, niña,
con el olvido.

¡Qué si le adoras,
El te dará en retorno
su vida toda! *(Las últimas notas apenas)*

deben ser oídas del público.)

Juana ¿Has oído el canto de las niñas?

Petronila Sí, mamá.

Juana ¿Y te ha gustado?

Petroni. Sí, señora.

Juana Ya oíste decir que vuelven pronto. (*Concluye el peinado y lo examina con atención.*) Hoy ha salido el peinado como de día fiesta. (*Coge un velito que habrá sobre la mesa.*) Ahora voy á zurcir este velo que has de llevar puesto; tú entretanto ponte el calzado y lávate bién las manos para que las niñas te encuentren preparada, cuando vuelvan á recogerte.

Petroni. Allá voy corriendo. Si viera Vd., mamá, qué contento tengo hoy,

Juana No es para menos. (*Se sienta al lado de una mesa ó velador, y cose mientras habla.*) El día de hoy lo debes guardar perpétuamente en tu memoria.

Petroni. (*En toda la escena permanecerá junto á su madre en actitud expresiva y cariñosa.*) Eso mismo nos dice la maestra. ¡No se puede Vd. figurar cuánto encargo nos ha hecho para que nos preparemos bien!

Juana. Tiene muchísima razón vuestra maestra, y yo te lo he dicho bastante veces. El huésped, que hoy vas á recibir, merece, hija, que pongas toda solicitud y esmero para recibirle dignamente. Es el Señor de todo lo criado el que ha de bajar á tu pecho para vivir en él, como nosotras vivimos en esta casa.

- Petroni. Pero el pecho no tendrá chimenea tiznada ni sillas rotas como esta casa tiene.
- Juana. Algo parecido suele haber en el pecho. Mira, Petronila, cuando el alma está ennegrecida por el pecado mortal es más fea y más negra que todas las chimeneas del mundo, por tiznadas y sucias que se encuentren. Conque, hija mia, no manches tú nunca la tuya.
- Petroni. Pues ¿tanto mal es el pecado?
- Juana. Tanto, que antes quisiera verte muerta en mis brazos, que manchada con un solo pecado mortal.
- Petroni. ¡Ay, mamica, qué susto! Yo tendré mucho cuidado, y pediré hoy al Señor que nos quite la vida antes que dejarnos caer en un solo pecado mortal.
- Juana. Sí, hija, pídelo; pero también quiero que pidas otra cosa.
- Petroni. ¿Qué cosa es?
- Juana. Y la has de pedir con muchísimo empeño.
- Petroni. Pero ¿qué cosa es?
- Juana. Ya la sabrás. Ahora lo que importa es que la pidas con mucho fervor para que el Señor te la conceda.
- Petroni. Y si el Señor no sabe lo que es.
- Juana. Dios lo sabe todo.
- Petroni. ¿Y si no me lo quiere conceder.
- Juana. Sí te lo concederá; que es el Señor muy bueno y oye mucho á los niños que le piden con fervor. Y, sobre todo que, aun cuando en otra ocasión no te oyera, hoy si te oye.
- Petroni. ¿Y por qué hoy sí me ha de oír? (*Con curiosidad y extrañeza*)

Juana Porque haces tu primera comunión. Jesu-
cristo entra hoy por vez primera en tu pecho,
y, como es todo misericordia, baja dispuesto
á concederte la gracia que le pidas. Si no te
concede la primera que le pidas ¿cuál te va
á conceder?

Petroni. ¡Es verdad, mamica! Pues voy á pedir
esa gracia con todo mi corazón.

Juana Píde, hija del alma, lo que tu madre viene
pidiendo por espacio de cinco años, sin ha-
berlo aun conseguido; pídeselo, que nos ha-
ce mucha falta! Cinco años llevo pidiendo
todos los dias lo mismo; cinco años de con-
tínuo sufrir. ¡Cuántas lagrimas he derrama-
do! ¡Cuántas amarguras he devorado en
silencio! ¡Todos los dias comienzan con una
esperanza... y acaban. . con un desengaño!
¡Tú sola, hija de mis entrañas, has sido el
alivio de mis penas y el consuelo en mis
amarguras! *(Concluye sollozando.)*

Petroni. *(Abrazada al cuello de su madre y besán-
dola con ternura);* ¡No llore Vd., mamica,
qué me da mucha penal

Juana No te aflijas, hija mía. ¡No puedo acor-
darme sin que se me despedace el alma!

Petroni. No llore Vd., que yo pediré hoy al Señor
que no se vuelva Vd. a acordar de eso que
le despedaza el alma.

Juana *(Emb. beci.ia contemplando á su hija)* Sí,
hija, pide, sí.

Petroni. Y pediré también por el alma de mi padre.

Juana Si, hija mía, pide por el alma de tu pa-
dre.

Petroni. Y por todos; ¿verdad mamica?

- Juana Sí, pide por todos, pero en especial por el encargo que te he hecho.
- Petroni. Y si no sé lo que voy á pedir.
- Juana Tú pide por lo que tu madre quiere que pidas.
- Petroni. Así lo haré, y no me equivoco.
- Juana ¡Muy bien, angel mío! *(La besa.)*

ESCENA II.

DICHAS y BEATRIZ por la derecha.

- Beatriz *(Sorprende á Juana besando á Petronila. Viene en traje de casa, poco más ó menos como Juana.)* ¡Juana!
- Juana ¡Beatriz!
- Beatriz Siempre lo mismo.
- Juana ¿Qué quieres! No tengo otro consuelo que mi hija. *(Se levanta.)* Vete, niña, á arreglar. *(Márchase Petronila por la izquierda.)* ¿Qué deseas tan temprano?
- Beatriz Que me encuentre en un verdadero apuro, y vengo á ver si tú me sacas de él.
- Juana Si es cosa que está en mi mano...
- Beatriz Creo que sí, porque es cosa corta. Estoy arreglando á mi hija y, después de tenerlo todo preparado, me encuentro sin velo para la cabeza.
- Juana ¿Y por tan poco te apuras?
- Beatriz ¡Quita, mujer! que llevo más de un mes sin vida, preparando las cosas á mi hija para el día de hoy, teniendo hasta que empeñarme para comprarle las botas; y, cuando lo tenía todo preparado, echo mano esta mañana de un velo que yo conservaba, y me lo encuentro roído de las ratas.

- Juana ¡Vaya una ocurrencia!
- Beatriz Llevo dos horas dándole puntadas y cada vez se queda peor; nada, que no puede servir. Y lo que es mi Consuelo no va á comulgar con un pañuelo en la cabeza.
- Juana ¡Pícara pobreza qué todo lo trae!
- Beatriz No me apura á mi el ser pobre, pero algunas veces paso muy malos ratos. Hoy, por ejemplo, me consumo de pensar que mi hija se quede sin hacer su primera comunión ó que vaya con un pañuelo en la cabeza.
- Juana No te dé cuidado, que no sería la única.
- Beatriz No, mujer, que para estos casos nunca falta un trapito limpio; y si no le hay, se pide prestado.
- Juana Pues voy á ver si yo te lo puedo prestar. *(Coge un baulito ó caja en donde hay retazos de diversas cosas y prendas; le coloca sobre la mesa y lo revuelve y registra.)* Que si tú te encuentras apurada, no creas que las demás nadamos en la abundancia. Ahora mismo acabo de zurcir este velo que ha de llevar puesto mi hija; y los apuros que yo he pasado para preparar las demás cosas, sólo Dios lo sabe. *(Sigue revolviendo la caja y de vez en cuando examina algún retazo ó prenda.)*
- Beatriz ¿Sabes tú lo que yo digo? que nuestra pobreza será luego nuestra corona. En esta vida nos ha tocado el venir de cabeza hasta la miseria; en la otra nos tocará vivir con mucha anchura y con muchísimo contento.
- Juana Si no fuera por eso ¡quien vivía!

- Beatriz Es verdad: al pobre á quien roban la esperanza del Cielo, le sucede peor que si le quitaran la vida.
- Juana *(Pausa.)* ¿Sabes, Beatriz, que me parece que voy á tener el sentimiento de no poder-te servir?
- Beatriz ¡No me lo digas!
- Juana Como lo oyes. No encuentro aquí nada que se parezca á un velo, ni que pueda hacer sus veces.
- Beatriz Mira bien, que si no, me pierdes. ¿A quién acudo yo entonces? *(Ayuda á escudriñar el baul y tropieza con un cartuchito de papel.)* A ver ¿qué es esto?
- Juana *(Lo desenvuelve y resulta un velito nuevo.)* ¡Bendito sea Dios! Con razón dicen que «lo que no se llevan los ladrones, parece en los rincones.» Más de un año hace que compré este velo para el día de hoy; y tanto lo guardé que se perdió, y hoy había arreglado á mi Petronila otro de mis buenos tiempos que, viejo y estropeado, aun rodaba por el arca.
- Beatriz Pues ya está todo arreglado: este velo nuevo para tu hija, y me prestas el viejo para mi Consuelo.
- Juana No, mi hija tiene ya preparado el suyo; y pues, su suerte lo ha querido, éste será para la tuya.
- Beatriz ¡Cuánta generosidad! No sé como agradeceréte.
- Juana Para generoso nadie como un pobre.
- Beatriz ¡Ay, Juana, tú eras digna de mejor suer-

tel ¡Qué lástima que hayas perdido tu posición!

Juana En el mismo caso te encuentras tú.

Beatriz No; yo nunca he sido rica. Mis padres tuvieron en un principio buena posición, después la perdieron; y, cuando yo me dí cuenta de mi existencia, en mi casa ya todos trabajaban para comer. Así comencé y así sigo, sin que que tenga aspiraciones á otra cosa mejor, ni esté cansada de mi pobreza. Pero tú, ¡pobrecita! encontrarte de la noche á la mañana sin esposo, sin rentas y sin amparo de nadie...!

Juana (*Muy contrariada.*) No me traigas á la memoria recuerdos tan tristes, que hoy tengo el corazón que me va á reventar dentro del pecho.

Beatriz Tienes en cambio á tu hija.

Juana Es mi único consuelo. ¿Qué habría sido de mí sin esta criatura? Sola y desamparada en los mejores días de mi juventud, sin otro arrimo ni sostén que mi anciana madre y este angel... ¡Dios la bendiga y me la conserve según la necesito! Ella ha sido la compañera inseparable de nuestras desdichas.

Beatriz Dios siempre deja un rayo de luz.

Juana Ciertamente, mi hija lo ha sido. Con sus sonrisas ha regocijado estos rincones, llenándolos de alegría con sus cantos y sus juegos.

Beatriz Dios te la conserve como consuelo de tu vida.

Juana ¡Ah! la vida sin ella me sería imposible.

Es el único puerto que me queda donde refugiarme mis esperanzas. Cuando vuelvo los ojos atrás y miro mi pasado, me parece un mar de ilusiones desechadas entre los escollos de mis desgracias. ¡Quién me había de decir á mí, hace cinco años, que vendríamos á parar en esta pobreza tan extremada? ¡Mi hija, criada en tanto regalo, y hoy para su primera comunión tiene que llevar puesto un velo remendado!

Beatriz No te apures a tí eso. ¿Y no tienes entre tus antiguos conocimientos persona que pueda valerte?

Juana Todo está agotado, no me quedan más que desilusiones. ¡He recogido muchos desengaños!

Beatriz Pues miremos al porvenir.

Juana En el porvenir, ya te lo he dicho, no tengo otro puerto de salvación que mi hija y lo que ella me alcance hoy.

Beatriz ¿Tienes esperanzas...? *(Se han ido aproximando á la puerta.)*

Juana Muchas.

Beatriz Pues mientras que esperes, vivirás. No olvides, con todo, que el que espera, sueña; y los sueños..., Juana de mi alma, no siempre se cumplen. *(Vase por la derecha.)*

Juana Pues soñemos.

ESCENA III.

JUANA sola. Al marcharse BEATRIZ, queda un momento ensimismada, y en actitud dramática comienza el canto en la misma puerta viniendo á concluir en el proscenio.

MÚSICA.

¡Qué tristes y sin consuelo
son las horas del soñar;
si en el sueño no se forjan
ilusiones
que nos hagan esperar.

Yo soñaba ver la vida
cual la sueña la ilusión;
mas, despierta, ya la encuentro
¡qué desdicha!
senda amarga de dolor.

Pues gimamos y soñemos,
si tal es la condición
del que vive desterrado
en este mundo
de amargura y de dolor.

ESCENA IV.

DICHA Y D.^a ROSALÍA por la derecha. Viene de oír Misa y trae en la mano un libro de devoción y el rosario. Su traje decente, aunque pobre. Representa una señora de más de sesenta años.

D.^a Rosalía Ya estarás *reinando* en lo mismo. Con razón te llaman en el barrio *Juana la triste*.

Juana ¿Y qué le hago, madre? Son tan grandes mis penas que, aunque los ojos fueran ríos de lagrimas, nunca habría llorado bastante.

D.^a Rosal. ¡Claro si lo que tú debías hacer es estar todo el día derramando lagrimas, como si lloraras de oficio. ¡Vamos, hija, da alguna tregua á tus penas! ¡Cinco años no han sido

bastantes para curarte aquella herida?

Juana ¡Ay, madre, fué tan profunda!

D.^a Rosal. Ciertø; pero no dejarás de comprender que el Señor ha tenido misericordia de nosotras.

Juana Así es, sí, señora.

D.^a Rosal. Pues, hija, si así es, dale gracias y no le ofendas con tus tristezas. A lo que Dios envía hay que poner buena cara.

Juana Y sí yo la pongo; pero algunas veces son tan duras las pruebas que, no parece sino que Dios nos manda más de lo que podemos resistir.

D.^a Rosal. No digas eso ¡ese hablar no es de mujer ni discreta, ni cristiana! Un padre, tan bueno como Dios, no es capaz de afligir con penas el corazón de sus hijos sin darles fuerzas dobladas para sobrellevar cualquiera tribulación.

Juana Confieso, madre, que he hablado con ligereza; pero mire Vd. que volviendo los ojos atrás, y comparando nuestro presente con nuestro pasado, el ánimo mejor templado se desalienta. Antes éramos señoras, hoy ni aún criadas porque nadie acepta nuestros servicios; antes ricas, hoy pobres, pero más pobres que los que piden limosna; antes teniéndolo todo, hoy ¡pena da el decirlo! careciendo hasta de lo más preciso. ¡Ay, madre, madre!

D.^a Rosal. ¡Ay, hija, hija! no me vengas con lamentaciones, que no logras entristecerme. ¿Sabes tú los juicios que yo me hago con estas desventuras nuestras? que lo tendremos

muy merecido, cuando Dios nos lo envía.

Juana ¡Qué alma tan hermosa la suya!

D.^a Rosal. Además, hija mía, que las tribulaciones y los desengaños son escuela de prudencia y de sabiduría; y los que hacen de ellos buen uso, aprenden más que si trataran con sabios.

Juana (*Con admiración*) Nunca he oído á Vd. decir estas cosas.

D.^a Rosal. Muchas veces te las he dicho, pero no me has querido entender. No las olvides y ensancha ese corazón; que, detrás de los días nublados, vienen los serenos; después de este temporal de tribulaciones también vendrán para nosotras días de alegría y bienestar.

Juana ¿Pero Vd. tiene esperanzas de que hemos de salir de este tristísimo estado.

D.^a Rosal. Ya lo creo.

Juana ¿Y será muy pronto? (*Con cierto regocijo*)

D.^a Rosal. Cuando nos convenga, hija mía. Hoy te confieso que tengo el corazón lleno de esperanzas: creo que tu hija nos va á conseguir en su primera comunión el logro de lo que tú y yo venimos pidiendo por espacio de cinco años, sin haberlo aún conseguido.

Juana ¿Vd. cree que lo alcanzará?

D.^a Rosal. Seguramente. Quiere Dios mucho á los niños; y, cuando ellos son buenos y piden por sus padres, les concede todo lo que le piden.

Juana ¿De modo que si mi hija lo pide hoy, el Señor se lo concederá?

D.^a Rosal. Si nos conviene...

Juana ¡Ah! sí nos conviene, sí nos conviene.
(*Llena de regocijo*) Aún no ha sucedido, y sólo de pensarlo, me vuelvo loca.

D.^a Rosal. Por fin, mujer, que se echa de ver la alegría en tu semblante! Una cosa te advierto.

Juana ¿Cuál es? dígame Vd.

D.^a Rosal. Que, si llega á amanecer para nosotras el día de la dicha y del bienestar, no te olvides de Dios.

Juana ¿Cómo es posible que yo olvidara la mano piadosa que nos había sacado de esta desgracia?

D.^a Rosal. Tú no sabes lo que dices, hija mía. Las prosperidades y las dichas de la tierra secan el corazón y apartan de Dios. Por eso el Señor, que es tan buen padre, cuando ve á los hombres distraídos en las alegrías y placeres de la vida, sin acordarse de Él, les aflige con alguna desgracia ó calamidad, para que en la enfermedad le pidan medicina los que de Él no se acordaron en la salud.

Petronila (*Desde adentro*) ¡Mamá, venga Vd.!

D.^a Rosal. Tu hija llama.

Juana Voy á ver lo que quiere. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA V.

D.^a ROSALÍA, BEATRIZ, JOSEFA y una NIÑA.

Beatriz (*En la puerta.*) ¿Pero no está todavía arreglada esa mocita?

D.^a Rosal. ¡Adiós, Beatriz! adelante, pasad. Josefa, cuánto me alegro de veros en esta casa!

Beatriz ¡Muchas gracias D.^a Rosalía! Venimos á

recoger á Petronila, para que se venga con nosotras al Colegio, por si Juana ó Vd. no pueden ir.

D.^a Rosal. ¿Y esta mocita también va hoy á comulgar? (*La niña se calla según pida el diálogo.*)

Beatriz Contesta, niña, que te pregunta D.^a Rosalía.

Niña Sí, señora. (*Habla con mucho pavo.*)

D.^a Rosal. Estarás muy bien preparada, como para recibir á tan gran Señor.

Niña Sí, señora.

D.^a Rosal. ¿Y qué le vas á pedir? dí, hija mía.

Beatriz Niña, responde.

D.^a Rosal. Anda, hijita, dímelo (*Acariciándola.*)

Beatriz ¡Pero, hija, responde! ¡que siempre me has de dejar lo mismo! No haga Vd. caso, D.^a Rosalía, que es muy corta de genio y le da vergüenza.

D.^a Rosal. Sí, sí, ella lo sabe; es que le da vergüenza. Voy, con permiso de ustedes, á dar prisa para que se arregle mi Petronila. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VI.

BEATRIZ, JOSEFA y la NIÑA.

Beatriz ¡Me tienes avergonzada! ¡siempre me has de dejar lo mismo! Cualquiera que la vea dirá que no sabe hablar, y charla más que una cotorra.

Josefa ¿Y qué le vas á hacer?

Beatriz Nada. Pero mira, mujer, hay otras niñas que da gusto: tan discretas, tan graciosas, y ésta mía parece tonta.

Josefa Eso va en genios; no le hagas caso. (*Re-
pasando con la vista la habitación*) Pero
oye ¿tú no reparas en que esta Juana, á pe-
sar de todo, vive como una señora? Mira
qué bien arreglado está ésto.

Beatriz Mujer, cuatro trastos viejos.

Josefa Será lo que tu quieras; pero ni tu casa
ni la mía están puestas con el señorío que
ésta.

Beatriz Es que Juana ha sido mujer de muy bue-
nos principios y de muy buena posición, y
sabe dar buen arreglo á las cosas. Lo mis-
mo sucederá á mi hija cuando sea grande,
por la buena enseñanza que recibe en el
Colegio.

Josefa Desengáñate tú que, por muchos princi-
pios que haya, después de tanto tiempo en
que no se las ve hacer nada...

Beatriz ¿De modo que la que no hace las cosas
en la puerta de la calle, no hace nada? ¡Te
lucen, Josefa, con tu manera de pensar!

Josefa Pero mira, ellas no tienen quien les gane
ni ellas tampoco lo ganan...

Beatriz (*Con sorpresa y admiración.*) ¿Y qué
quieres decir con eso? ¿piensas acaso que
estas pobres mujeres están haciendo el pa-
pel de pobres sin serlo?

Josefa Yo no pienso nada; lo único que digo es
que ellas, sin trabajar, viven con más desa-
hogo que nosotras trabajando sin descanso.

Beatriz ¿Y por dónde sabes tú que ellas no tra-
bajan?

Josefa Como nadie las ve...

Beatriz ¡Y, aunque no trabajaran! ¿Sabes tú los

apuros y las necesidades por que pasan estas infelices? Pero es que vosotras no concebís la pobreza con decoro, y no llamáis pobre más que al que enseña sus carnes por entre los harapos.

- Josefa Muy bien dicho, pero ellas no trabajan.
- Beatriz Si trabajan. Juana ha sido antes señora y debe tener personas de acomodo que la socorran y ayuden. Además que para lo que ella gasta, bien poco se necesita. No he visto gente que viva con menos.
- Josefa Tú sacas la cara por ella, porque eres su amiga,
- Beatriz Yo saco la cara porque es verdad lo que digo. Y vosotras la habeis tomado con ella porque no se da á partido con ninguna.
- Josefa Porque es muy soberbia.
- Beatriz ¡Ya lo has dicho tú! Pues es preciso que sepas que la Juana ha sido y quizás, si Dios quiere, volverá á ser D^a Juana; y has de ir á su casa á pedirle favores y hacerle el *rendibú*.
- Josefa ¿Yo? ¡Cómo no sea otra! Buena soy yo para hacer *rendibú* á la que he visto comer ajos. ¡Cómo no venga ella á hacermelo á mí!
- Beatriz Si ella estuviera delante no hablarías así.
- Josefa Lo mismo. Bien sabes tú que me cortaron hace mucho tiempo el frenillo.

ESCENA VII.

DICHAS y D.^a ROSALIA.

- D.^a Rosal. Perdonen ustedes que les hagamos esperar; concluyen enseguida.
- Beatriz ¿Tardará mucho?

D.^a Rosal. Aun tarda un poquito.

Beatriz Entonces, con su permiso, vamos entre tanto á casa de Maria *la del horno*, porque quedamos en recoger á su niña; y, como ella es un poquito pesada, conviene ir á darla prisa.

D.^a Rosal. Me parece muy bien.

Beatriz Volveremos por Petronila; pero, si tardamos, que ella nos busque allí para no perder tiempo, no sea que llegemos tarde.

D.^a Rosal. Marche Vd. descuidada, que así lo hará. (*Dirigiéndose á la niña*) ¡Adiós. Consuelito! ¿me quieres dar un beso? (*La niña se muestra uruña escondiéndose detrás de su maare*)

Beatriz ¿Ha visto Vd., D.^a Rosalía? ¡Esta niña me quita la vida!

D.^a Rosal. Ella se corregirá, no tenga Vd. cuidado. ¡Adiós, Beatriz, adiós, Josefa! ¡Qué seas muy buena, pequeñita, y pidas á Dios por mí! (*Vanse Beatriz, Josefa y la niña por la derecha.*)

ESCENA VIII.

D.^a ROSALIA sola.

¡Pobrecilla Beatriz! ¡Qué malos ratos pasa con esa hija! No puede sacarla punta por más esfuerzos que hace. Ella, á pesar de su pobreza, es naturalmente fina, y la chiquilla es cada día más huraña y más ruda. ¡Qué diferencia entre esta niña y mi Petronila.....! Pero estas criaturas no acaban, (*Llamando en la puerta de la izquierda.*) Juana ¿no vais á concluir?

ESCENA IX.

DICHA y JUANA por la izquierda.

Juana (*Saliendo.*) Ya estamos, madre. Cuesta tanto trabajo poner nuevo lo que es viejo!

D.^a Rosal. ¡Qué quieres, hija! Pero ¿y Petronila no sale?

Juana Está concluyendo, sale enseguida. ¡Si hubiera Vd. oído lo que me ha estado diciendo, mientras que la vestía.

D.^a Rosal. ¿Qué te ha dicho?

Juana Que va á pedir mucho por nosotras; y que le diera algún regalito para llevarlo al Niño Jesús. Yo la he dicho que el mejor regalo para el Niño Jesús es un corazón limpio y puro; y ella me ha prometido limpiar muy bien el suyo y no hacer en adelante cosa mala.

D.^a Rosal. ¡Hija de mi alma, bendita sea! Tengo yo para mí que esa niña va á ser algo grande, y me voy á salir con la mía. Yo me moriré; pero tú, que eres joven, lo has de ver. Acuérdate de mis palabras.

Juana ¡Ojalá que así sea! Aquí viene ya.

ESCENA X.

DICHAS Y PETRONILA por la izquierda. Viene vestida con pobreza, pero con muy buen gusto.

Petronila (*Mostrandose á su abuela, para que la mire.*) Abuelita, mire Vd. como voy.

D.^a Rosal. Muy bien, hija mía. (*La besa y repasa con la vista.*) ¡Qué curiosita y qué elegantel Se pinta sola tu madre para hacer que lo pobre parezca rico y bueno. ¿Han salido todos los trapitos del arca?

- Petroni. ¡Cómo que voy á comulgar!; y mi mami ta me ha puesto lo mejor que tiene.
- D.^a Rosal. Muy bien hecho. Y dime, hijita, ¿llevas el alma tan curiosa como el cuerpo?
- Petroni. (*Muy acongojada.*) ¡Ay, abuelita, que soy yo muy mala!
- D.^a Rosal. ¡Cómo! ¿Quién te ha dicho que eres mala?
- Petroni. Yo, que un día me pegó la maestra, y le dije que se pegara ella ó que le pegara á sus hijas.
- D.^a Rosal. Pero, criatura, ¿tú no sabes que si la maestra te pega es por tu bien?
- Petroni. Sí, señora; pero como yo me enojé cuando me pegó, le dije eso. Ya me arrepiento, y la voy a pedir perdón.
- D.^a Rosal. Bien hecho. Conque márchate ya, para que no tengan que esperarte.
- Juana No, madre; antes de que se vaya he de repetir por última vez mi encargo.
- D.^a Rosal. ¡Qué cosas tienes! Si ya lo sabe el angelito
- Juana Hasta aquí me he valido del ángel de mi guarda para enviar al señor mis oraciones; ahora voy a cambiar de correo y me voy a valer de los labios de mi hija, porque creo que el Señor oye y concede a los padres todo lo que le piden por los labios de sus hijos inocentes. Mira, hija mía, dí al Señor que tenemos muchas penas; dile que se compadezca de nosotras y nos envíe un rayo de luz; que eche una mirada de compasión á estas tres criaturas y las recoja en el manto de su misericordia. ¿Lo dirás así?
- Petroni. Sí, señora.

- Juana ¿Cómo lo vas á decir, hija mía?
Petroni. (*En actitud de súplica*) ¡Señor, mi ma-
mica llora; yo lloro; y mi abuelita..... tam-
bién llora! ¡Señor, qué no lloremos más!
- Juana ¡Así sea!
D.^a Rosal. Así será.
- Juana ¡Qué fe tan grande la suya!
D.^a Rosal. (*Besando á Petronila.*) ¡Adiós! Marcha
derechita al horno de María, en donde te
espera Beatriz con su hija. Con ellas te vas
al Colegio; y, si nosotras no vamos á reco-
gerle, con e las también te vienes.
- Juana (*Besando á su hija con efusión.*) ¡Adiós,
hija mía! (*La acompaña hasta la puerta y
allí la vuelve á besar*) ¡Adiós! (*Después va
á la ventana y desde allí vuelve á despedir-
la saludando con la mano*) ¡Adiós, adiós!
(*Queda un poco abstraída, apoyando la ca-
beza contra el marco de la ventana. Pasado
un momento, se repone y canta dirigiéndose
hacia la calle*)

MÚSICA.

¡Adiós, del alma
dulce consuelo!
¡adiós, mi cielo!
¡adiós, mi amor!
(*Vuelve cantando y baja, con cierta majes-
tad hasta el proscenio*)
Entre los pliegues
de mi esperanza
se ocultan, madre,
mis desengaños.
¡Qué siempre extraños

á mí me fueron
los dulces goces
de la ilusión!

D.^a Rosal. No apures, hija,
con tus temores
de las tristezas
el sinsabor.
A Dios acude,
y en Él confía,
para que aliente
tu corazón.

(Se oyen á lo lejos los cantos del Coro de niñas.)

Coro. ¡Qué yo te fío
llevar todos mis amores
á tí, Bien mío!

D.^a Rosal. *(Recitado)* Las niñas bajan.

Juana *(Id)* Vamos á verlas.

(Salen por la derecha, dejando sola la escena. Entretanto el coro de niñas se aproxima, aunque no llega á cantar debajo de la ventana.)

Juana } *(Salen cantando.)* Esperanzas que brotan
y } en mi camino,
D.^a Rosal. } disipando las nubes
de mi destino;

No amargueis de los pobres
los corazones;
no quiteis al que sufre
las ilusiones.

Coro. Cordero de regia estirpe,

galante y fino,
dame en prenda segura
tu amor divino.....

Juana { ¡Qué en la porfía
y { sufre penas sin cuento
D.^a Rosal. { el alma mía!

Coro. { ¡Qué yo te fio
 { llevar todos mis amores
 { á tí, Bien mío!

*(La última estrofa la canta el Coro
alejándose hasta que apenas se perciba.
Entretanto baja el telón muy lento, con-
cluyendo de bajar con las últimas notas.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La escena representa una avenida en las Escuelas del Ave-María. En el fondo telón de jardín que ostente en las lejanías valles y colinas. En la derecha un edificio que representa un pabellón de las Escuelas; en la izquierda una tapia de jardín con verja ó sin ella. Habrá por todas partes pizarras y objetos de enseñanza, bancos, alguna silla, macetas, etc.

ESCENA PRIMERA.

CARMEN, y varias niñas. CARMEN aparece sentada en una silla ó banco rústico al pie de la tapia que hay en la izquierda. Tiene en la mano un papel, que lee con atención, y de vez en cuando gesticula, como entusiasmada con lo que lee. Varias niñas, que se suponen ocultas al otro lado de la pared del jardín, hablan y voccean al levantar el telón, según pida el diálogo.

Rosa Toma esa punta, Joaquina; salta tú, María.

Lucía No, que me toca á mí; siempre me habeis de dejar para la última.

Rosa ¡Bonita es la niña para que se quede la última! ¡Pequeño chillerío nos armaría!

Elena Entonces me toca á mí.

Rosa Lo mismo tiene; salta tú primero y después saltará ella.

- Varias Una.... dos.... tres. (*A compás. Se oye el zapateo de los saltos.*)
- Carmen Mal sitio he elegido yo para repasar este dichoso verso. (*Se levanta y pasea.*)
- Rosa Ya has perdido; qué salte otra; tú, María, qué pareces tonta! (*Sigue el zapateo.*)
- Varias Una.... dos.... tres....
- Rosa Alza esos pies, que vas á perder.
- Carmen ¡Nada, qué estas niñas no me dejan, y me tendré que ir! (*Cesa el ruido.*) Parece que callan; si me dejaran sola un momento, recitaría el verso en alta voz y me ensayaría para esta tarde.
- Elena Aceptado.
- Lucía Pues entonces vámonos á la placeta.
- Varias (*Dando palmadas á la vez y formando algazara.*) ¡A la placeta, á la placeta!
- Otras (*Se oye el ruido que producen al marchar.*) ¡A la placeta!
- Carmen Por fin se fueron: ¡gracias á Dios! Vamos á ver como sale ésto. (*Tiene en la mano izquierda extendido el papel en que está escrito el verso. Para recitarlo pasea y acciona.*)

LA CRUZ DEL VALLE.

En lo alto del valle
junto á la Sierra
abre sus toscos brazos
la Cruz de piedra;
y junto al río
tiende sus blancas alas
un caserío. (*Advierte la entrada de Feli-*

sa y guarda en el bolsillo el papel con precipitación.)

ESCENA II.

CARMEN y FELISA. Esta por el fondo.

- Felisa Por fin te encuentro, mujer.
Carmen Pues no estoy tan perdida.
Felisa Llevo una hora buscándote; y me alegro de encontrarte en este rinconcito, porque aquí podrás recitarme el verso sin que nadie nos oiga.
Carmen ¡Qué curiosidad te ha entrado! ¿No lo vas á oír esta tarde?
Felisa Quiero oírlo ahora.
Carmen ¿Para ponerme faltas?
Felisa Más vale que te las ponga yo que no otra.
Carmen También es verdad
Felisa Oye, y te arreglarás mucho esta tarde, porque como vendrá mucha gente...
Carmen Lo mismo que estoy. Las pobres no debemos ir muy compuestas.
Felisa ¿Por qué?
Carmen Porque entonces todo el mundo habla de ellas.
Felisa ¡Qué tonta eres!
Carmen Tonta, sí. Pregúntaselo á mi madre y verás lo que dice.
Felisa Tu madre dirá lo que quiera; pero tengo yo unas vecinas que son modistas, y es lo que hay que ver en el barrio. Todos los años estrenan cuatro vestidos.
Carmen ¡Anda!

- Felisa Y se hechan polvos en la cara.
- Carmen ¿Te han echado á tí?
- Felisa No; pero, cuando sea grande, me quitarán del Colegio, y entonces haré lo que me venga en gana: me echaré polvos, y llevaré cola.... y que venga doña Clara á meterse conmigo. Verías tú como yo 'a plantaba.
- Carmen ¡Ay qué niña más libre! Me voy, no quiero hablar contigo.
- Felisa ¡Jesús, hija; qué te asustas de nada! ¡Miren la temerosa! Y ahora irás á contárselo á la maestra.
- Carmen Sí; como estás tan acostumbrada á que yo vaya á dar soplos..... ¡Muchas gracias, mujer!
- Felisa No lo he dicho por tanto. Vamos, no vaya á ser esto causa de disgusto; mejor será que me digas el verso, y que todo acabe.
- Carmen Sí te lo diré; pero tienes unas cosas....
- Felisa No hablemos más de eso, dime el verso, que, si es tan bonito como tú, seguramente llamarás la atención.
- Cármen Anda, zalamera; que siempre consigues de mí lo que quieres. Oyeme con atención, y si ves alguna falta, me la dices *(Recita el verso como si estuviera ante el público.)*

LA CRUZ DEL VALLE.

(Coplas.)

En lo alto del valle,
junto á la Sierra,
abre sus toscos brazos
la Cruz de piedra;

Y junto al río
tiende sus blancas alas
un caserío.

Los que en la Aldea viven
la Cruz adoran;
la Cruz les brinda en cambio
su augusta sombra,

Que es para los vecinos
del verde valle
la vida toda.

Si tristes, á ella acuden
en sus tristezas;
si alegres, sus alegrías
también le cuentan.

A la Cruz su mensaje
todos presentan
como á una madre.

¡Qué de recuerdos guarda
la Cruz bendita!

.....

ESCENA III.

DICHAS y D.^a CLARA. Esta sale de la Escuela, interrumpiendo
la recitación del verso.

D.^a Clara ¿Qué hacen aquí las inseparables?

Felisa D.^a Clara, que estaba Carmela recitando
el verso. Si viera Vd. qué bien lo hace.

D.^a Clara Otro podías tú tener; pero como eres
así....

Felisa ¡Calle Vd. por Dios! si yo misma no me
entiendo. ¿Ve Vd. este genio que tengo,
que parece este mundo y el otro? Pues
cuando me pongo en público, se me anu-

dan las palabras, y me entra un pavazo que á mí misma me da coraje.

D.^a Clara Y para remediarlo apelas á buen medio: con no hacer nada, te das por satisfecha. En otro certamen no te escapabas sin recitar una poesía, aunque sea corta.

ESCENA IV.

DICHAS y BEATRIZ, que asoma por el fondo.

Beatriz ¿Vd. me manda algo, D.^a Clara?

D.^a Clara ¿Se va Vd. ya, Beatriz?

Beatriz Sí, señora. Corren las doce, y ya es hora de estar en casa. Voy á recoger á mi hija y á la pequeñita de mi vecina Juana, á Petronila.

D.^a Clara ¡Qué niña más graciosa es Petronila!

Beatriz Sí que lo es. Se gana la voluntad de todo el que la conoce.

D.^a Clara Y la pobre madre ¿cómo anda?

Beatriz Mal, D.^a Clara, bastante mal.

D.^a Clara ¡Pobrecital! ¡Si viera Vd. como la compe-
dezcól

Beatriz Y lo merece, D.^a Clara, porque es una mujer de muy buenas prendas. Pero le ha venido la desgracia de tal manera que no puede levantar cabeza.

D.^a Clara ¡Válgame Dios! (*Dirigiéndose á las niñas*). Marchaos, vosotras; subid arriba y ayudad á las que están arreglando el salón. (*Entran en la Escuela Carmen y Felisa*). Pero ¡cuánto me interesa á mí esa pobre vecina de Vd! ¡Es tan fina, tan cumplida; parece toda una señora!

Beatriz Y lo es, D.^a Clara, lo es; pero las circunstancias la han traído á los términos en que la vemos.

D.^a Clara. ¿Según eso, ella ha estado antes en buena posición?

Beatriz Sí, señora. No hay más que mirar su casa y su persona, y se echan de ver enseguida los rastros de su señorío y pasada grandeza.

D.^a Clara Pues es una lástima. No lo puedo remediar, pero me lleno de pena al ver esas personas á quienes la desgracia ha hecho bajar desde las alturas de una buena posición al fondo de un valle de miserias y trabajos.

Beatriz Ella lo lleva con mucha resignación.

D.^a Clara Más vale así.

Beatriz Ha recibido una educación muy cristiana, y tiene un pecho de roca para el sufrimiento. Pues deje Vd. á la hija y tome á la madre.

D.^a Clara ¿Vive con ella la madre?

Beatriz Sí, señora. Es una vieja más limpia que la plata y más valiente que un mártir.

D.^a Clara ¿Y cómo han venido á tanta pobreza?

Beatriz Juana estuvo casada dos años con un marino de guerra. En este tiempo no sé lo que ocurrió al marido, si tomó parte en una sublevación, ó si en ella le metieron sin culpa. Lo cierto es que aquel negocio les costó bien el dinero, y por remate de todo el pobre murió, creo que de berrinches y disgustos.

D.^a Clara Nunca viene una desgracia sola. ¿Y no les dejó viudedad?

Beatriz No han podido sacarla.

- Niña *(Sale por la escuela)* D.^a Clara, arriba espera una mujer que desea hablar con Vd.
- D.^a Clara ¿Quién es? ¿tú la conoces?
- Niña No, señora.
- D.^a Clara ¿Pero es de por estos alrededores?
- Niña Quizás sea, yo no la conozco.
- D.^a Clara Pues dila que espere un poco, que subo enseguida. *(Vase la niña)* Y entonces ¿cómo viven esas criaturas?
- Beatriz Han vendido todas las alhajas y ropas que tenían, y van dejando la casa tan limpia que, como pasen unos meses sin recibir auxilio, la podrá andar un ciego sin tropezar en nada.
- D.^a Clara ¡Qué dolor! ¡Quién tuviera medios de remediar todas esas necesidades! ¡Y ella no se ingenia de algún modo?
- Beatriz Ha intentado entrar de doncella, pero en cuanto le averiguan que tiene la madre anciana y la hija pequeña, ya le ponen reparo.
- D.^a Clara Entonces ¿qué piensa hacer? ¿qué camino va á tomar?
- Beatriz No lo sé, D.^a Clara. Ella tiene puestas sus esperanzas en el día de hoy.
- D.^a Clara ¿Por qué?
- Beatriz Porque su hija ha hecho hoy la primera comunión y cree que el Señor le ha de conceder alguna gracia especial que sea para ellas puerto de salvación.
- D.^a Clara ¡Hermosa idea, hermosísima! Yo la aplaudo y ya también siento esperanzas. Por lo pronto yo me encuentro decidida á protegerla en todo lo que pueda.
- Niña D.^a Clara, dice esa mujer que tiene prisa,

D.^a Clara (*Contrariada*) Dile que subo, que espere un momento.

Niña Está ya cansada de esperar.

D.^a Clara (*A Beatriz.*) Voy á ver quién es y qué quiere.

Beatriz Yo entretanto buscaré á las niñas para marcharnos.

D.^a Clara No olvide Vd. saludar en mi nombre á esa pobre mujer; y dígale que dé una vuelta por aquí á ver si yo la puedo servir ó ayudar en algo.

Beatriz Hará Vd. una buena obra, y Dios le dará el premio. (*Vanse D.^a Clara y la niña por la Escuela; Beatriz por las avenidas del foro*)

ESCENA V.

CORO de niñas. Al desaparecer BEATRIZ, queda la escena sola un momento, y comienza á oírse á lo lejos el canto y algazara del CORO. Las niñas se supone que vienen haciendo un juego pedagógico, y escogen la escena como lugar para dar una lección.

MÚSICA.

(Se oye á lo lejos aproximándose cada vez más; pero toda la estrofa primera se canta fuera de escena).

Coro Estudiemos con anhelo,
prosigamos la lección,
que el saber es siempre fruto
de constante aplicación.

(Continúa la algazara, que produce el Coro, hasta que aparecen en escena. Forman este Coro varias niñas, que no bajarán de ocho ó diez, y todas vienen en traje de diario. Una de ellas hace de maestra ó direc-

tora de coro y trae en la mano una batuta improvisada de cualquier cosa. Esta niña será mayor que las otras y procurará distinguirse en el traje.)

Maestra (*En la escena*) Este es el gran sitio
para dar otra lección.

Coro Sí lo es en verdad.

Maestra ¿De qué toca hablar?

Coro Es la Geografía
la que en turno está.

Maestra Pues de Geografía
la lección será.

Coro (*Forman semicírculo ó hacen cuadro á gusto del que dirija la escena*).

Hizo Dios el mundo
con su gran poder;
crió en él la tierra
divino vergel.

Como el mundo era
obra del amor
hizo en él al hombre
rey de la creación.

Planeta es la tierra,
y del centro, el Sol,
con los demás astros
gira en deredor.

Su forma es redonda,
movimientos dos.
Como luz no tiene
se la presta el Sol.

También es un cuerpo
de bella estructura;
hay en él montañas
valles y llanuras.

Hay mares é islas,
hay fuentes y ríos,
hay zonas y climas
cálidos y fríos.

Del hombre morada
la tierra es también
son cinco sus partes
continentes tres.

Y aunque el hombre es uno
hay gran variedad
en lenguas, gobiernos,
religión y razas.

Maravilla y grande
es esta creación.
Demos alabanza
al Dios que la obró.

Y pues de Él la hubimos
sólo por su amor,
demos alabanza
á tan gran Señor.

(Se deshace el semicírculo ó cuadro, y marchan las niñas por el fondo en forma regular ó en desorden, según se quiera, pero cantando hasta que se pierdan los ecos en la lejanía.)

Estudiemos con anhelo,
prosigamos la lección;
que el saber es siempre fruto
de constante aplicación.

ESCENA VI.

Apagados los últimos ecos del CORO, suena el *Angelus* en la torre de la capilla de la Escuela. Se darán tres campanadas y un repique á golpe, todo ello muy acompasado y grave. Después entre los árboles del fondo aparece JUANA, que entra en escena cantando. Trae en la mano un pliego abierto y el sobre que lo ha contenido: el pliego con membrete y el sobre con el sello del Gobierno ú oficina pública. Ha de tenerlos en la mano durante toda la escena.

Juana *(Con tristeza).*

¿Dónde camino ¡ay de mí!
si mi senda es ya sabida?

(Con amargura.)

La esperanza que tenía
es ya esperanza perdida.

(Avanza hasta el proscenio).

Como nave que lucha en el mar
aguantando del viento el rigor,
y se estrella en el puerto, al calar
en escollo que oculto no vió;

Mi esperanza en el mar de esta vida
contra todos los vientos luchó;
y esperando hoy verla cumplida
en el fondo del mar se perdió.

¡Lloren mis ojos
caigan mis lágrimas:
negra tristeza
cubra mi alma!

¡Quitad, Dios mío,
de mi camino
estos rigores
de mi destino!

(Mostrando la carta).

Esta carta es la sentencia
que dió muerte á mi ilusión.

¡No me olvides, Dios clemente,
mírame con compasión!
¡Mi hija y mi madre!
¡La niña y la abuela!
¡esperan Dios mío,
tu amparo y clemencia!

(Conciuido el canto, Juana intenta entrar
en la Escuela. pero se arrepiente y se mar-
cha por el fondo).

ESCENA VII.

D.^a CLARA y JUANICA que salen de la Escuela. JUANICA trae en la
mano un pliego y un sobre iguales á los que trajo JUANA.

D.^a Clara ¡Cosa más rara! No salgo de mi asombro.
Juanica Pues no es cosa de hacerse cruces; me
parece lo más natural del mundo.

D.^a Clara Ya he dicho á Vd. lo que yo pienso so-
bre el caso, esa carta no es para Vd.

Juanica ¿Conque no es para mí? ¡Ay, señá Clara,
Vd. se ha empeñado en darme á mí la ma-
ñana!

D.^a Clara No tengo otro empeño que el de decir la
verdad.

Juanica Pero vamos á ver: y ¿por qué no es esta
carta para mí? ¿No viene á mi nombre? ¿no
ha venido á mi casa? *Mismamente* aquí es-
tán (*en el sobre*) mi nombre y mis dos ape-
llidos, que ya ve Vd. si son distinguidos:
León y Guzmán. Por lo de León soy pa-
riente de todos los Leones que viven en la
calle Real; y por lo de Guzmán ¡che Vd.
son!, venimos de un Guzman que ó fué rey,
ó le anduvo cerca, ello es que le mataron
un hijo por demasiado hombre de bien. Y

además trae puesta la calle donde vivo.

D.^a Clara A pesar de convenir todas esas señales, no me puedo convencer. Es mucha cantidad para pensión de un soldado que ni aun siquiera murió en la guerra.

Juanica ¡Y dale con que no murió en la guerra! murió en mi casa, pero venía ya enfermo de Cuba ¡Pobrecito mío, y cuánto me hizo pasar en los quince días que le tuve enfermo á mi lado! Si yo le contara á Vd....

D.^a Clara No me cuente Vd. que no tengo tiempo
(D.^a Clara se muestra impaciente y deseosa de concluir la conversación)

Juanica Y no le choque á Vd. que la pensión sea grande; porque mi hijo tiene méritos para esa pensión y para más. Y si no los tiene él, los tiene su familia. Mi padre, que por cierto murió de un cólico *miserere* ¡pobrecito, qué penas pasó para morirse!; pues mi padre fué corneta de órdenes de un general, y antes había sido realista y luego fué cantonal; y mi abuelo tres cuartos de lo mismo, y en toda mi familia ha habido muchos que presten servicios á la patria.

D.^a Clara (Distráida) No.

Juanica ¿Cómo que no?

D.^a Clara Me equivoqué: dije no en vez de decir sí.

Juanica Pues entonces ya no se asombrará Vd. de que me concedan veinte duros al mes por mi hijo; que bien ganados me los tengo. Conozco yo otros que ¡más vale callarse! pero con menos motivos están cobrando buenos sueldos; y, Dios les dé más, que yo no les envidio.... Y si no, que lo diga Bar-

tolo el *Grifo*. Y si Bartolo no, que lo diga D. José Rescalvo, el de la Calle Real....

D.^a Clara (*Ap.*) ¡Qué mujer más habladora!

Juanica Dirá Vd. que hablo mucho.

D.^a Clara Sí, señora.

Juanica Pues es el único vicio que tengo, que cuando comienzo á hablar, nunca acabo. Pero hoy no dirá Vd., porque el asunto bien merece la saliva que estamos gastando. Si fuera yo como la Andrea, mi vecina, ó como Josefa la del Regidor. ¿Vd. no sabe porque Josefa se llama la del Regidor?

D.^a Clara (*Sin poder disimular la fatiga*) Ni quiero saberlo. Vd. me dispensará, pero tengo mucho que hacer.. esta tarde hay festival y necesito ordenarlo todo...

Juanica Sí, señora, por mi parte... La verdad es que he hecho perder á Vd. mucho tiempo, lo siento tanto. Una vez fué mi padre á hacer una visita...

D.^a Clara (*Interrumpiéndola.*) Vaya, ¡adiós! perdone Vd. que la deje con la palabra en los labios. (*Entra en la Escuela y Juanica la sigue hablando, aun después de haber desaparecido D.^a Clara.*)

Juanica (*Deteniendo á D.^a Clara*) Perdone Vd., que es cosa corta y no quiero que se quede sin saberla. (*Sigue hasta la puerta dirigiéndose á D.^a Clara*) Como digo á Vd., fué mi padre á visitar á un compadre suyo; por cierto que el tal compadre.... (*D.^a Clara desaparece*) Pues, señor, se ha ido y me ha dejado con la palabra en la boca... Dirá que soy una majadera; y la verdad es..... que le

sobra la razón. ¡Habladora, cascantona! ¿quién te manda á tí no meter la lengua en paladar? (*Pausa*) Pero ¿qué veinte duros tan hermosos me voy á cobrar todos los meses! Ahora me daré vida de gran señora. Voy á tomar una casa que me cueste por lo menos tres duros al mes. Y ¿qué me entren moscas! ya verán mis vecinas quien soy yo.... Y anda que el empeñito que ha tomado la tal D.^a Clara: dice que en conciencia no puedo cobrar esta pensión. ¿Qué sabe ella de eso? Vamos, vamos á dar aire al papel y suelta á la lengua. A quien primero me encuentre, le cuento toda la historia; no va á quedar una persona que no se entere del caso.

ESCENA VIII.

JUANA Y JUANICA. Esta, que va á marcharse, se detiene al ver á JUANA, la que ha entrado en escena muy distraída, sin reparar en JUANICA.

Juanica. (*Se detiene al ver á Juana*). Una mujer! á esta le envoco la historia. Pero, ¡calle! ¡qué triste viene! ¡Pobrecita! á esta mujer debe pasarle algo. (*Acercándose á Juana*) ¡Señora!

Juana (*Sorprendida*) ¡Ah! Vd. perdone, no había reparado.

Juanica ¿Buscaba Vd. á alguien?

Juana Busco á mi hija.

Juanica. Si quiere Vd. que le ayude á buscarla,...

Juana No, gracias. Por aquí no puede perderse. es que yo no he sabido dar con ella.

Juanica. Me parece que está Vd. triste. Si quisiera contarme la causa de su tristeza, yo también

le daría cuenta de mis alegrías, y me vendría como un desahogo, porque estoy que reviento.

Juana Para qué quiere Vd. saber lo que sólo puede producirla dolor. Goce Vd. ahora de su alegría y prepare el ánimo para cuando le venga la contraria.

Juanica Pues ahí está el toque, en que juntando sus penas con mis alegrías, las compartiríamos y estaríamos las dos tan guapamente. Decía mi difunta madre. ¿Vd. conoció á mi madre? seguramente que no. Era así, del cuerpo de Vd., y una santa, si las hay. Pues decía que «pena contada, pena mediada.» Conque á echar por esa boca, que otra cosa no tendré, pero palabras..., aunque no soy muy habladora, tampoco me faltan cuando son menester.

Juana Muchas gracias por el interés que la he despertado. Esta carta ha sido el colmo de mis penas.

Juanica. ¡Una cartal! Pues esta otra ha sido el comienzo y la causa de mis alegrías.

Juana En esta carta me niegan para siempre una cosa que hace dos meses pedí por última vez. Era mi única esperanza, y hoy pense que mi hija me la alcanzaría como primera gracia de su primera comunión....

ESCENA IX.

DICHAS y PETRONILA. Esta aparece en el fondo interrumpiendo rápidamente el diálogo en las últimas palabras de su madre.

Petroni. ¡Mamical! (*Va corriendo hacia ella, y madre é hija se abrazan con efusión. Juana la retiene entre sus manos, mientras habla.*)

- Juana ¡Hija mía!
- Petroni. ¿Por qué no venías?
- Juana Ya estoy aquí.
- Petroni. Me ha oído ¿verdad?
- Juana ¿Quién?
- Petroni. El Señor, Le he pedido con mucho fervor lo que Vd. me encargó.
- Juana ¿Le has pedido con mucho fervor?
- Petrini. Sí; y me ha oído ¿verdad mamica?
- Juana (*Perpleja y angustiada*) ¿Qué le digo, Señor? ¿qué le digo?... No sé qué decirte, hija mía; pero..., (*Haciendo un esfuerzo*) sí te habrá oído, porque Dios oye siempre á los niños inocentes.
- Petroni. Entonces ya estará en casa lo que yo pedía para Vd.
- Juana (*Con resignación y abatimiento*) En casa está ya, y en la mano lo llevo.... no lo que yo deseaba, pero seguramente ... (*Parece como dudar, y después se confirma*) sí, seguramente lo que nos conviene.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHAS, D.^a CLARA que sale de la Escuela, y BEATRIZ y su hija que aparecen por el fondo.

- D.^a Clara (*Dirigiéndose á Juana*) ¿Usted por aquí? ¡Cuánto gusto en verla!
- Juana Muchas gracias, D.^a Clara. Por tenerlo yo también en ver á Vd., me he decidido á venir.
- Beatriz Vaya, que estamos aquí todos. Y tú picarilla, (*A Petronila*) ¿dónde andas, que me he cansado de buscarte? (*A Juana*) ¿conque te decidiste á venir? Pues ya es hora

de que nos marchemos, D.^a Clara. Pero veo yo, Juana, en tu cara rastros de lágrimas, ¿te sucede algo?

Juana *(Con amargura)* ¡Mis esperanzas de hoy se han deshecho! ¡Soy muy desgraciada!

Beatriz ¿Cómo?

Juana En esta carta me niegan de una vez la pensión que yo pedía con tanta necesidad.

D.^a Clara ¡Otra carta! Venga, venga; que me inspira curiosidad. *(Arrebata la carta de manos de Juana y lee para sí)*

Juanica ¡Otra carta! Ya me van haciendo daño tantas cartas.

Beatriz Y ¿por qué te niegan la pensión haciéndote tanta falta? ¡Pícaros gobiernos que nunca hacen cosa buena, ni tienen entrañas para con los pobres!

Juana ¡Todo es aflicción para el que está afligido!

Beatriz ¡Pobre Juana! ¡qué pena me dan tus cosas!

D.^a Clara Pues no entiendo ésto *(Leyendo)* «Vis-
tos los antecedentes..... se ha acordado no
» conceder á Vd. la pensión que solicita,
» por falta de fundamento legal y tratarse
» de un militar que murió fuera de servicio
» activo» *(Pausa)*. Yo no lo entiendo; aquí
hay un error manifiesto. ¿No murió su ma-
rido en servicio activo?

Juana Sí, señora.

D.^a Clara Entonces aquí hay una equivocación; seguramente no han interpretado bien la petición de Vd. *(Vuelve á leer para sí con mucha atención)*.

Juana ¡Ay, Dios mio, si así fuera!
Beatriz Alégrate, hija, que todavía hay esperanza.
Juanica No sabe Vd. cuanto me alegraría yo de que tuviera Vd. mi misma surete.

D.^a Clara Nada, que no me explico lo que aquí dice.

Juanica Esta señora se ha empeñado en sacarle punta á la carta (*ap*)

D.^a Clara (*Como asaltada por una idea*) Pero se me ocurre una idea. Deme Vd. ese oficio, Juanica.

Juanica (*Mostrándose recelosa*) ¿Se podrá saber para qué lo quiere Vd?

D.^a Clara (*Con autoridad*) ¡Démelo! y no sea Vd. maliciosa.

Juanica Pues tenga Vd. mucho cuidado con no cambiar las cartas.

D.^a Clara (*Impaciente*) ¡Vaya! ¿me lo dá Vd. ó no?

Juanica (*Con resignación*) Tómelo Vd.

D.^a Clara (*Arrebata el sobre de manos de Juanica y lee para sí. En las demás gran expectación*) Ya está aquí deshecha la equivocación. (*Dirigiéndose á Juanica*) ¿No se lo decía á Vd.? ¿Ve Vd., criatura, como no me he equivocado?

Juanica (*Muy entristecida*) Me parece que tam poco me voy á equivocar yo: Vd no tiene hoy conmigo buenas intenciones.

D.^a Clara ¡Calle y no diga desatinos! (*Abraza á Juana*) Deme Vd. un abrazo, Juana.

Juana Pero yo no entiendo lo que pasa; sáque me Vd. por Dios de dudas.

D.^a Clara Lo que yo decía á Vd., una equivocación.

Juana Pero ¿quién se ha equivocado?

D.^a Clara (*Expectación en todas*) El ordenanza del Gobierno militar que ha cambiado las comunicaciones, llevando á Juanica la que corresponde á Vd. (*Se la entrega*) y entregando á Vd. la que debió haber llevado á Juanica. (*Le entrega el oficio y Juanica le rechaza, cayendo al suelo.*)

Juanica (*Llorando.*) ¡Yo no quiero ese papell! ¡ésto es una picardia! Me quejo al Gobernador, al Alcalde y hasta al Arzobispo.

D.^a Clara ¡No diga Vd. desatinos! ¿Cómo se va Vd. á quejar, si no le quitan nada que sea suyo?

Juanica ¡Ay, Dios mío de mi alma!

D.^a Clara Serénese Vd. criatura. ¿Vd. no sabe que cometería estafa si cobrara una pensión que pertenece de justicia á esta pobre señora? ¿Vd. se atrevería á cobrarla?

Juanica No, señora; yo no quiero nada que no sea mío; pero, ¡ay qué penica tan grande! ¡ay, qué desengaño tan cruell! Una cosa igual le sucedió á mi tía Nicolasa, y se murió de pena. ¡Yo me quiero morir! (*Se aparta á un lado gimoteando.*)

Juana (*Cómo suspensa*) Pero ¿es posible, D.^a Clara? ¿yo sueño ó deliro?

D.^a Clara Por fortuna ni sueña, ni delira. Lo que ha ocurrido es una coincidencia singular: las dos llevan ustedes el mismo nombre y los mismos apellidos. Mírelo Vd. (*Cotejando el sobre que cayó en el suelo con el que tiene Juana en la mano*): Juana León y Guzmán. Y, para que la coincidencia sea completa, hasta en la calle convienen: Verónica, 15.

- Juanica (*Lloriqueando.*) La mía es Verónica de las Angustias.
- Juana Y la mía Verónica de la Magdalena.
- Beatriz Pues no hay que apurarse, que todo tendrá arreglo, Juanica. (*La acaricia y trae consigo*). Después de todo, si esa pensión no era de Vd., nada ha perdido.
- Juanica Es verdad, sí señora! Cómo ha de ser! Yo únicamente lo siento porque ya no podré tomar un piso en la Carrera del Darro, ni comprar á mi niña el vestido con que ella soñaba. ¡Qué poco duran las alegrías en la casa de un pobre!
- Juana Pues mire Vd., Juanica, pobres éramos y pobres somos, y de pobres no hemos de salir con esta pensión. Si Vd. quiere darme un día de satisfacción, me va á conceder un favor.
- Juanica Lo que Vd. quiera, si está en mi mano.
- Juana Sí, señora. Con el dinero de la pensión, tomaremos una casita en la Carrera del Darro; comprará Vd. el vestido á su hija; y en adelante partiremos la vivienda como si fuéramos hermanas.
- Beatriz ¡Muy bien, muy bien!
- D.^a Clara ¡Qué generosa! Ese proceder le honra á Vd., Juana.
- Juanica Pues á generosa nadie me gana. Deme Vd. un abrazo, (*Se abrazan*) y Dios le dé vida para para disfrutar esa pensión, y á mí para vivir con Vd. como una hermana.
- Juana ¿Pero es posible, D.^a Clara? Yo no sé si reir ó llorar; (*Se acongoja*) no me quedan fuerzas ni aún para alegrarme.

D.^a Clara Anfítese Vd. y no nos venga ahora con congojas. Demos gracias á Dios que ha ordenado las cosas de modo tan singular, para probar la fe de Vd. y para premiar las inocentes oraciones de su hija. Venga Vd. otra vez á mis brazos. (*Se abrazan con efusión. Después besa á Petronila y le dice*): Dios te ha oído.

Petronila (*Ha estado observando con mucha atención*) ¿Sí? ¿Me ha oído? ¡Jesús qué gusto, mámica! ¿Y han traído ya lo que yo pedía?

Juana Sí, hija mía. Dios te ha concedido la PRIMERA GRACIA DE TU PRIMERA COMUNIÓN.

MÚSICA.

Petronila La oración, inocente,
como el perfume,
entre nubes de incienso
al cielo sube.

Coro Al Cielo sube.

Petronila Y es tanto su mérito,
su gracia es tanta,
que á Dios me ha hecho propicio
en mi desgracia.

Coro En su desgracia.

La oración inocente.... etc.

(*Cae el telón*)

FIN DE LA COMEDIA.

Esta obra se halla de venta en la Imprenta-Escuela del Ave-María, Placeta de la Victoria, Granada, al precio de 75 céntimos ejemplar.

Se hacen rebajas en los pedidos que lleguen á 10 ejemplares.